

¡Madre de la esperanza!
Pura estrella del mar, que en blando giro,
Anuncias la bonanza!
Yo, náufrago, te miro,
Y envuelto va tu nombre en mi suspiro.

ODA.

Á LA DESESPERACIÓN DE JUDAS.

La luz serena el cielo
Y soles rutilantes encubría
Con funerario velo,
Y en palpables tinieblas envolvía
De las calladas selvas la espesura,
El sublimado monte, la llanura,
Y el mar inmenso que de horror mugía.

Sus alas replegaba
Con frémito medroso el raudo viento:
La tierra suspiraba
Con angustia y terror: y ronco acento
Cual de lejana tempestad oncosa,
Que estrago anuncia y muertes, espantosa,
Tal vez sonaba misterioso y lento.

Ni murmurio süave
Se oye de fuente en bosques ó en pradera;
Ni canto alguno de ave,
Ni clamor de torrentes ó de fiera.
Arden las nubes, hierven, se propagan,
Y en silencio relumbran, y se apagan,
Llamas doquier por la anchurosa esfera.

Y al fulgor de sus lampos,
Trememente el corazón, vieron mis ojos

En los desiertos campos
Desnudas rocas y áridos abrojos:
De vengadora cólera divina
Indelebles señales; y rüina
De la mano del hombre y sus enojos.

Y ví tus negros muros,
Triste Jerusalén, patria de llanto
Y corazones duros;
Y de nube sangrienta rojo manto
Sobre el excelso Gólgota pendiente:
Padrón de infamia á tu marchita frente:
Perpetua causa á tu inmortal quebranto.

¡Noche de hondos misterios,
Cual la que en pasmo ayer y horror profundos
Sumió los hemisferios,
Cuando con férreos brazos iracundos
Al ungido, Sión, crucificaste,
Y su sangre preciosa derramaste
Que en divino raudal bañó los mundos!

¿Llegó acaso el momento,
Maldecida ciudad, y la venganza
Que Dios acopia lento,
Menor que tu delito, al fin te alcanza;
Y sorda al ruego, de la Cruz en pago,
Dolor te envía y funeral estrago,
Negada á tu clamor dulce esperanza?

¡Oh! duerme todavía
Libre, Sión, mientras sus rayos Roma
Y su dogal te envía:
¡Mísera más que al perecer Sodoma!
Y al despertar, adorna en adulterio
Al ímpio tus doncellas, y el salterio
Á Tito cante y al infiel Mahoma.

¿Cuál, pues, duro castigo,

Si el tuyo no, Jerusalén, se apresta
De Dios al enemigo?
¿Contra quién el Señor su brazo asesta?
¿O á nuevo crimen preparado el hombre,
Con su justicia que á la tierra asombre
Irritado y piadoso le amonesta?

Alegre está el averno:
Su rey sobre el abismo se levanta;
Blasfema del Eterno;
Y esperando su triunfo, altivo canta;
Y entre las voces del tartáreo coro,
Acento horrible de furor y lloro
Jamás oído, el corazón espanta.

Al pie de árbol añoso
Que sin hojas, señero, se divisa
En alto pedregoso,
Á la luz del relámpago indecisa,
Á Judas miro; del desnudo cuello
Un lazo pende; mészase el cabello,
Y al cielo insulta con feroz sonrisa.

La lengua vestidura
En desorden está; muéstrase el pecho
Latiendo con presura
Cual onda brava en reducido lecho:
Salidos de sus cuencas, ambos ojos
En alto fija, con la saña rojos,
Y á Dios amaga en su infernal despecho.

El ala recogida
Junto á él de espaldas su custodio llora
Al alma ya perdida.
El arcángel rebelde vengadora
Llama dispone en el sulfúreo abismo;
Y el tormento de Judas en sí mismo
Doblado siente que su ser devora.

Y al apóstol perjuro
La vista tiende y mano fulminada,
Mientras el ángel puro
Sus ojos vela, y con la diestra alzada
Último ruego al Hacedor envía,
Y triste, á paso lento, se desvía,
De horror la mente y de piedad turbada.

Blanca, süave lumbre
Sobre el Calvario sacrosanto esplende,
Y triunfante en su cumbre,
En luces mil el lábaro se enciende.
Como lluvia de sangre, roja llama
Sobre Sión horrenda se derrama,
Y á pueblo y valle rápido descende.

Del arduo monte erguido
Cayó el traidor descoyuntado y roto,
Al lazo el cuello asido;
Y cual suele fragor de terremoto
Subir al cielo y conmover el mundo,
Así al caer, rodando hasta el profundo,
Gimió el empiéreo y el confín remoto.

No á su presa más listo
Acude el tigre, que de mal sediento,
Al vendedor de Cristo
Luzbel sañoso con legión sin cuento;
Y allí le abraza; y en la torva frente
Su garra imprime y el agudo diente;
Signo de alianza en el común tormento.

Á la mansión precita
Luego le arrastra del cordel atado
Con afrenta infinita;
Y al orbe como el trueno dilatado
Un acento infernal, ¡*maldito!*, exclama;
¡*Maldito!* el viento en los espacios brama,
¡*Maldito!* el mar en ronco son airado.

Mientras el ángel bello
Las alas tiende hacia el Calvario santo,
Suelto el rubio cabello,
Mustio en el rostro y desceñido el manto;
Y allí, ante Dios, doblada la rodilla,
De la divina Cruz al pie se humilla,
El suelo besa y lo humedece en llanto;

Y entonces sobrevino
Obscuridad mayor, y pavoroso
Silencio repentino.
La tierra absorta al caso lastimoso
Enmudece temblando; en sus regione
De cándidos querubes las legiones
Se estremecen al fallo temeroso.

Súbito el estampido
Del trueno horrisonante se desata,
Y el intenso bramido
De la tormenta al aire se dilata:
Rompe el rayo las nubes; piedra y fuego
Con él caminan; y en su furia ciego,
Campos incendia y montes arrebatá.

A UNA FLOR MARCHITA.

Hija de la mañana,
¿Por qué abatida la graciosa frente
No ha mucho tan ufana?
¿Qué de tu honor y tu arrogancia queda?
Hoy venturosa y leda
Sobre el flexible tallo columpiada
Te saludó la aurora
En el rosado Oriente,
Cuando de su alma luz acariciada
Junto al arroyo en el verjel naciste;
Y hoy el arroyo con murmurio triste,

Al fenecer el día en Occidente,
Corre, te busca, y al mirarte llora
De tu beldad lozana
El efímero alarde y pompa vana.

Mas ¡cuántos disfrutaste y cuántos diste
Bienes preciados, en tu gloria breve!
Del sol enamorado
Los vívidos colores recibiste:
Ósculo regalado
Del céfiro sonante, cuando leve,
Tallo, ramas y pétalos movía,
Y en la húmeda corola vacilante
Al plácido murmullo se adormía:
El pardo ruiseñor con pico de oro
Tus néctares bebió: la susurrante
Solicita abejuela, dulce cuna
Y aun más dulce tesoro
De miel y aromas alcanzó en tu seno:
En tu cáliz sereno
Vertió sus rayos la argentada luna,
Sus nacaradas gotas el rocío;
Y al retratarte en su cristal el río,
Sus acentos süaves
Unió cantando á los del bosque umbrío,
Y al coro de los vientos y las aves.
¿Ni qué voz generosa á tus loores
El tributo negó? Con noble verso
Vistiendo tus colores,
Tu gloria al universo
Dijo la lira; y la campestre avena
Con dulce cantilena
En el valle y la vega á los pastores.

En el sublime alcázar peregrino
De mármoles labrado;
En la ramosa gruta; en la cabaña
De informes troncos de silvestre pino;
En el cercado huerto; en la montaña,

Perfume regalado,
Inefable dulzura, encanto y vida,
Con mano igual profusa derramaste:
Allí donde brillaste
Resplandeció la tierra ennoblecida;
Los tendidos desiertos se animaron;
Menos horrible pareció el abismo;
Y ante el sepulcro mismo,
Los ojos que miraron tu hermosura
Menos acerbos lágrimas lloraron,
Y con menos terror la muerte dura
Y sus tristes despojos contemplaron.

Luego, del tallo paternal tronchada,
Pobre huérfana errante
¿Qué fué de ti, lanzada
De la vida del hombre al torbellino?
¿Fué acaso tu destino
Brillar un solo instante
En el mórbido pecho de la dama,
Ó en su cabello undoso;
Irritar del amor la viva llama
En el amante, de tu honor celoso;
Y, el labio audaz en tu corola impreso,
Mustia tornarte al encendido beso?
¿Ó en las pompas del templo sacrosanto
Desfallecer en medio de esplendores,
Al grato son de religioso canto,
Mezclando tus olores
Á la de incienso y mirra blanca nube
Que vagarosa del altar se eleva,
Con lenta majestad se extiende, y sube,
Y á Dios el llanto y la plegaria lleva?
¿Ó profanada en el festín, la frente
Adornar del impuro sibarita
Que luego, ingrato, te arrojó marchita
Al vil contacto de su sangre ardiente?

Luciste una mañana: no sin gloria:

Nacer para el amor, y en corta vida
De todos bendecida
Ser amada y amar: tal es tu historia,
Y morir como el niño que arrancado
Al seno de su madre, sube al cielo
En ángel transformado.
Flor también es el niño que prefiere
El Edén inmortal al triste suelo.
¡Cuán amado de Dios es el que muere
En brazos del amor; puesto el oído
Al maternal acento; suspendido
Al casto pecho por el dulce labio;
Sin probar el agravio
De perfidia crúel ó duro olvido!

Bella en la vida y en la muerte fuiste:
En la vida y la muerte blando aroma
Tus hojas exhalaban,
Y tus dulces alientos se mezclaron
Del aura leve al generoso aliento.
Y si nada resiste
De la dura segur al movimiento
Que alzados muros con furor desploma,
Que alzadas cimas con fragor derrumba,
Tú no pruebas sus iras:
Con lánguido desmayo en paz expiras;
Y perfumada tumba
Que el poderoso príncipe envidiara,
Más que de oro preciada y de diamante,
En su seno escondido te prepara
Sobre el fiel corazón virgen amante.

Pero no: tú no has muerto.
De misterioso impulso arrebatado,
Tu cáliz puro, de esplendor cubierto,
Aunque en tierno deliquio aprisionado,
Al labio llevo y exhalar le miro
Perfumado suspiro.
Vives, sí, vives: transparente gota

De la linfa purísima que brota
De las porosas hidrias espumante,
Sobre tus hojas con piedad vertida
Venga, y te anime, y otra vez pujante
Despierta de tu sueño, flor dormida.
Yo muerta te creí, y en flebil tono
Canté tu gloria y tu fugaz ventura
Con ronca voz y desmayado acento;
Mas si de nuevo al trono
Vuelves de la hermosura,
Voz más acorde con heroico aliento
Eleve el canto que perpetuo dura.

Así, del cielo amado,
Fragancias difundiendo expira el justo;
Vida encuentra en la muerte, y va sereno,
De espíritus angélicos cercado,
Al pie del solio augusto,
De alta esperanza en su justicia lleno.
Vivió, resplandeció, y aroma en torno
De pródiga virtud llenó el ambiente:
Vestido de piedad, único adorno
Fué la virtud de su elevada frente.
Y cuando en hora malhadada, vela
Sombra de muerte su sepulcro frío,
Auréola brillante
Donde el Señor su majestad revela
Circunda su semblante.
Ruge el averno: Satanás impío
Al bátratro se lanza rebramando
Seguido de su bando:
Él rodéado del divino coro
Las ígneas alas apareja al vuelo;
Rompe el aire con ímpetu sonoro,
Y, feliz vencedor, se eleva al cielo.

Mas si debes morir, flor generosa,
¡Cuán noble todavía
Eres en tu agonía!

En torno al corazón las hojas bellas,
En actitud piadosa,
Para ocultar las huellas
De la muerte se agrupan, y á porfía,
Como amigas fieles,
Tu seno cubren y sobre él expiran.
Así cuando ya miran
Marchitos sus laureles
Las semidiosas que adoró la tierra,
Vencidas en la guerra
Del crudo tiempo, que con leves alas
Marchitó su hermosura
Y en humo y polvo convirtió sus galas,
La frente ocultan donde ya no brilla
De la edad juvenil el dulce fuego;
La rugosa vejez con mano dura
Cenizas desparciendo, en la mejilla
Que la rosa envidió, su sello imprime,
Sorda de la beldad al hondo ruego.
Y en vano, en vano gime
El ídolo deshecho en solitario
Altar sin cultos al amor propicios:
Las antiguas diademas son cilicios;
Y envuelto en el sudario
De la implacable edad que le devora,
Recuerda, y pasa, y sin consuelo llora.

¡Oh dulce flor! ¡Oh reina destronada!
¿Qué te valdrá el recato?
¿Por el que antes te amó, céfiro ingrato,
Te verás de tu manto despojada
Con bárbara osadía;
Y el aura matinal, sin conocerte,
Sobre la tierra que adornaste un día,
Profanando tu muerte,
Entre escorias y abrojos
Esparcirá tus míseros despojos?
¡Si al menos retratarte
Mi rudo verso triunfador pudiera!

¡Si pudiera llevarte
De la inmortalidad á la alta esfera!
Pero mi lira en breve
Desfallecida como tú, al quebranto
Se rendirá; ni leve
Memoria acaso quedará del canto.
Pendiente del ciprés, hondo lamento
En sus cuerdas sonando dará el viento.

Á ESPANA.

ODA.

¿Y piensas que, volviendo á lo pasado
Los tristes ojos, hallarás consuelo?.....
El laurel incendiado
Por el rayo del cielo
De una nación en la marchita frente,
Al antiguo verdor nunca renace:
La que vencida fué, vencida yace;
Y el cetro soberano
Ó de Neptuno el húmedo tridente,
De grave peso á su cansada mano,
Al feliz vencedor pasa en herencia,
Hasta que de otros pueblos la existencia
Anuncia nuevas leyes
Á la tierra sumisa y nuevos reyes.

En otros tiempos, mísera, tu historia
De la historia del orbe era trasunto;
Que llenaban el orbe las Españas;
Fabulosas hazañas,
De mármoles y bronces digno asunto,
Al templo de la luz y la memoria
Llevaron tu alta gloria
De la alígera fama en la trompeta;

Pero en vano el poeta
Tender quiso las alas en su vuelo
Hasta el remoto cielo
Donde tu nombre en los espacios gira,
Y dudando de sí rompió la lira.

Así, cuando prorrumpe en tu alabanza
De Ercilla el numeroso
Verso sonante, al ruido temeroso
De cruda lid donde vibró su lanza,
Ó la gran maravilla
Ensalza de Lepanto
El cantor sin rivales en Castilla,
Inferior á tus glorias es su canto.

El ingenio del hombre en sus profundas
Encantadas regiones,
Riquísimas de luces y fecundas
En fantásticos seres y portentos,
No produjo ficciones
¡Pobre reina vencida!
Que remedar pudieran de tu vida
Esos marciales épicos momentos,
Fugaces ¡ay! cual soplo de los vientos.

Más alto que el ingenio y que las nubes
Su trono la verdad puso fulgente
En medio á los querubes,
Ceñida de luceros la alta frente,
Para que nunca su belleza osara
De humana voz la frágil armonía
Con arpa ronca profanar demente.
El vate así dejando que ensalzara
Fulmíneo plectro de cantor divino
Tu valor peregrino,
Cuando en su pecho hirviente
Llama de honor y gloria vió que ardía,
La trompa resignado
Trocó por la armadura,